

cender sobre el valle y sobre los que se acuerda  
de ella, una bendición que se ve con los ojos, que  
se escucha con los oídos y que se siente en el  
alma.»

*Hasta aquí llega el manuscrito de Rafael.*

FIN

BIBLIOTECA MAUCCI

# GRAZIELLA

POR

Alfonso de Lamartine

Traducida al español

POR

A. F. R.

Vosótras que al ingrato á quien adoro  
Veréis quizá cuando con negro velo  
Mis ojos cubra la cercana muerte,  
Virgenes, atended mi último ruego;  
Llevadle mis adioses y decidle  
Que fué su nombre mi postrer acento.

*Lamartine.=[La muerte de Safo]*



BARCELONA

Casa editorial MAUCCI, Calle Mallorca, 226 y 228

1901





# GRAZIELLA

---

## CAPITULO PRIMERO

### I

había cumplido diez y ocho años cuando me condujeron a mi familia á los cuidados de una parienta que me llevó á Toscana, acompañada de su marido para tratar ciertos asuntos. Era una ocasión oportuna para hacerme viajar y separarme de esa ociosidad de la casa paterna y de las poblaciones de provincia, donde se corrompen por falta de actividad las primeras pasiones del alma. Partí con el entusiasmo de un niño que ve levantarse el telón de las más espléndidas escenas de la naturaleza y de la

los Alpes, cuyas eternas nieves veía brillar de lejos desde mi niñez, en el extremo del horizonte sobre la colina de Milly; el mar, del que tantas imágenes brillantes habían grabado en mi imaginación viajeros y los poetas; el cielo italiano, cuyo valor ya calma había aspirado ya, por decirlo así, en los versos de *Goëthe* y en las páginas de *Corina*:

«Conoces esa tierra donde florecen los mirtos!»  
monumentos todavía en pie de esa antigüedad



romana con que mis estudios recientes habían llevado mi pensamiento; la libertad en fin; la distancia que da cierto prestigio á las cosas lejanas; las aventuras, esos accidentes de los viajes largos, que la imaginación juvenil prevé, combina á su antojo y saborea de antemano; el cambio de lengua, de economía y de costumbres, que parece iniciar la inteligencia en un mundo nuevo, todo eso fascinaba mi espíritu. Viví en un estado constante de entusiasmo durante los largos días de espera que precedieron al viaje. Este delirio, renovado constantemente por la magnificencia de la naturaleza en Saboya, en Suiza, sobre el lago de Ginebra, sobre los ventisqueros de Simplón, en el lago de Como, en Milán y en Florencia, no cesó hasta mi vuelta.

Los negocios que habían llevado á mi compañero de viaje á Liorna se prolongaron indefinidamente, se trató de volverme á Francia sin haber visto Roma y Nápoles. Era arrebatarme la felicidad soñada en el momento en que iba á disfrutarla. Me sublevé anteriormente contra semejante idea. Escribí á mi padre pidiéndole autorización para continuar solo mi viaje á Italia, y sin aguardar respuesta, que esperaba fuese favorable, resolví anticipar la desobediencia con el hecho. «Si viene la prohibición, me disculparé; llegará demasiado tarde. Seré reprendido, pero me perdonarán; volverá, pero habré visto.» Pasé recurrí á mis recursos pecuniarios, que eran muy limitados, pero calculé que tenía establecido en Nápoles un pariente de mi madre, y que no me negaría el dinero que necesitase para el regreso, y sin esperar más partí una noche de Liorna con dirección á Roma.

Pasé allí el invierno solo en un aposento que me dio á una oscura calle, la cual desemboca en la plaza de España, en casa de un pintor romano que me admitió como huésped. Mi figura, mi juventud, mi entusiasmo y mi aislamiento en medio de un mundo desconocido, habían interesado vivamente á todos mis compañeros de viaje en el camino de Florencia á Roma. Cobróme singular afecto, y trabó con

una amistad verdadera. Era un guapo chico, casi de la misma edad que yo, y parecía ser pariente del famoso cantor *David*, el primer tenor entonces de los teatros de Italia. *David* viajaba también con nosotros, y era de edad algo avanzada; iba á cantar por última vez al teatro de San Carlos en Nápoles.

Me trataba como si fuera mi padre, y su compañía me colmaba de atenciones y obsequios, á los que correspondía yo con el abandono y la candidez propias de mi edad. Aun no habíamos llegado á Roma, y ya el gallardo viajero y yo éramos inseparables. En aquel tiempo el correo no empleaba para ir de Florencia á Roma menos de tres días. En las posadas mi nuevo amigo era mi intérprete; en la mesa servía el primero; en el carruaje me proporcionaba el mejor sitio á su lado, y si me dormía estaba seguro de que mi cabeza tendría por almohada su hombro.

Cuando bajaba del coche para subir las elevadas montañas de la *Toscana* ó de la *Sabina*, bajaba él conmigo, me daba noticias del país, me decía los nombres de los pueblos, y me indicaba los monumentos; se complacía en coger flores, y compraba en el camino higos y uvas que depositaba en mis bolsillos y mi sombrero. *David* parecía ver con placer el efecto que su compañero de viaje profesaba al extranjero, y algunas veces se sonreía mirándome con admiración de inteligencia, de finura y de bondad.

Cuando por la noche llegamos á Roma, me apeé en la misma posada que ellos. Me llevaron á mi aposento, donde me dormí, y no desperté hasta que me vino á llamar á la puerta mi amigo, invitándome á salir fuera á almorzar. Me vestí á toda prisa, y bajé á la sala donde estaban reunidos todos los viajeros. Me estrechar la mano de mi compañero de viaje, y me buscaba en vano entre los convidados, cuando me miró en todos los semblantes una risa general. En el momento en que me paré del hijo ó del sobrino de *David* distinguí á su lado una encantadora figura de doncella romana, elegantemente vestida, y cuyos cabellos negros, trenzados en dos grandes trenzas alrededor de la frente, estaban sujetos por de-



trás con dos grandes alfileres de oro con cabezas de perlas, como los llevan todavía las campesinas de Tívoli. Era mi amigo, que al llegar á Roma había recobrado su traje y su sexo.

Hubiera debido sospecharlo por la ternura de su mirada y por la desgracia de su sonrisa; pero como yo no se me ocurrió semejante idea. «El tiempo no cambia el corazón, me dijo ruborizada la hermosa romana; sólo que ya no dormiréis sobre mi hermano, y en vez de recibir flores de mí; seréis vosotros quien me las dé. Esta aventura os enseñará á no confiar con las apariencias de amistad que en adelante se manifiesten, porque podrían ser otra cosa muy diferente.

La joven era una cantatriz, discípula y favorita de David, que la llevaba consigo á todas partes. Ella vestía de hombre para evitar comentarios en el teatro. Tratábale como padre más que como profesor, y nunca mostró la más mínima envidia por las gratas é inocentes familiaridades que él mismo había dejado establecerse entre nosotros.

## II

David y su discípula pasaron algunas semanas en Roma. Al día siguiente de nuestra llegada volvieron tomar sus vestidos de hombre, y me condujo primeramente á San Pedro, después al Coliseo, á Frascati, á Tívoli y á Albano: de este modo me ahorré las tediosas relaciones de esos *Cicerone* acompañados por asalariados que disecan á la vista de los viajeros el cadáver de Roma, y que arrojando en medio de las impresiones la monótona letanía de nombres propios y de fechas atormentan la imaginación y extrañan el sentimiento de las más bellas cosas. Camila era instruída; pero era hija de Roma, sabía por tanto los sitios más hermosos, y los puntos de vista que la habían cautivado desde su infancia.

Me conducía sin pensar en ello á los mejores sitios, y en las horas más oportunas para contemplar los restos de la ciudad antigua: por la mañana, á

los pinos del *Monte Pincio*; por la tarde, á las columnatas de San Pedro; por la noche, á la claridad de la luna, al recinto del Coliseo; en los hermosos días de otoño, á Albano, á Frascati y al templo de la Sibila, donde resonaba el eco y se percibía la humedad del rocío de las cascadas de *Tívoli*. Mostrábase ella alegre y juvenil como una estatua de la eterna Juventud, en medio de aquellos vestigios del tiempo y de la muerte. Camilaba sobre el sepulcro de *Cecilia Metela*, y yo meditaba sentado en una piedra, hacía frente con su robusta voz de teatro las siniestras columnas del palacio Diocleciano.

Al volver á la ciudad al anochecer, llevando un carruaje lleno de flores y de fragmentos de marfil, é íbamos en busca del viejo David, á quien nosotros retenían en Roma, y que nos llevaba al teatro para concluir el día en su palco. La cantatriz, que era algunos años más de edad que yo, no me demostraba otro afecto que el de una tiernísima madre; yo, por mi parte era demasiado tímido para revelar otra clase de sentimientos, y debo agradecer que no los experimentaba siquiera, á pesar de mi juventud y de su hermosura. Su vestido de hombre, su familiaridad enteramente viril, y el sonido ronil de su voz de contralto me causaban tal impresión, que no veía en ella más que un bello joven camarada y un amigo.

## III

Como Camila se fué, me quedé absolutamente solo en Roma sin más conocimientos que los sitios, monumentos y las ruinas donde ella me había enseñado. El pintor en cuya casa estaba hospedado jamás de su taller sino para ir los domingos con su mujer y su hija, joven de diez y seis años, tan laboriosa como él. Su casa era una especie de taller, donde no era interrumpido el trabajo artístico, sino por una comida frugal y por la ora-



Por las noches, cuando los últimos resplandores del sol se apagaban en las ventanas del aposento del pobre pintor, y las campanas de los monasterios cantaban el *Ave María*, ese adiós armonioso del día en Italia, el único descanso de la familia, era rezar los rosarios, y salmodiar á media voz las letanías hasta que debilitadas las voces por el sueño, se apagaban en un vago y monótono murmullo, semejante al de la ola que muere sobre una playa donde el viento con la noche.

Esta escena tranquila y piadosa de la noche que daba fin al trabajo aquel himno de tres versos que se elevaba al cielo para descansar del día gustaba sobremanera, y me recordaba la casa de mi madre, donde nuestra madre nos reunía también á rezar, unas veces en su cuarto, y otras en el de Milly, á la última claridad del crepúsculo. Encontrar los mismos hábitos, las mismas costumbres y la misma religión, me sentía como trasladado al pecho paterno en aquella casa desconocida. Jamás vida más recojida, más solitaria, más gloriosa y santificada que la de la casa del pintor.

Tenía este pintor un hermano; pero no me acordaba su nombre. Él enseñaba la lengua italiana á los extranjeros distinguidos que pasaban el invierno en Roma. Más que un profesor de lenguas, un literato de mérito. Joven todavía, de arrogante figura y carácter antiguo, había figurado mucho en las cosas de revolución que habían hecho los republicanos para resucitar la libertad en su patria. Uno de los tribunos del pueblo, uno de los grandes de la época; había representado uno de los primeros papeles. En aquella breve resurrección de Roma, suscitada por los franceses y sostenida por Marck y por los napolitanos, había arengado en el Capitolio, enarbolando la bandera de independencia y ocupado uno de los primeros puestos de la república. Perseguido y preso en el momento de la reacción, debió su libertad á la clemencia de los franceses, que salvaron á los republicanos

confiscaron también la naciente república. El romano adoraba á la Francia revolucionaria y filosófica, odiaba al emperador y al imperio. Para él como para todos los buenos italianos liberales el César de la libertad. Aborrecía el despotismo; yo, joven aún, tenía los mismos sentimientos; no tardó en revelarse entre nosotros esta simpatía de ideas. Al ver el entusiasmo juvenil que yo vibraba á los acentos de libertad cuando leíamos juntos los versos incendiarios del Monti ó las escenas republicanas de Alfieri, me acordaba que podía franquearse conmigo, y llegué á ser su discípulo; fuí su amigo.

## IV

Prueba de que la libertad es el ideal divino del hombre está en que ella es el primer sueño de la juventud, y que no se desvanece en nuestra alma sino cuando el corazón se marchita y el espíritu se envilece. No hay un alma de veinte años que no sea liberal; no hay un corazón gastado que no sea tímido. Muchas veces íbamos mi maestro y yo á sentarnos en la colina de la villa *Panfili*, desde donde se veían sus cúpulas, sus ruinas, su Tíver que se deslizaba silencioso y avergonzado bajo los arcos de la *Porta del Popolo*, desde donde se oye el murmullo lastimero de sus fuentes y los pasos casi mudos de sus habitantes que anda en silencio por sus calles desiertas! Muchas veces vertíamos lágrimas amargas por la injusticia de este mundo entregado á todas las tiranías, parecía que la filosofía y la libertad no habían podido renacer un momento en Francia y en Italia, para ser manchadas, vendidas ú oprimidas en todas partes! ¡Qué de imprecaciones en voz baja salían de nuestros pechos, contra ese tirano del espíritu humano, contra ese soldado coronado que solo triunfó en la revolución, para hallar modo de conservar el imperio y para entregar de nuevo á los pueblos á sus preocupaciones y á todas las servidumbres!



Desde esa época datan para mí el amor á la emulación del espíritu humano, y este odio contra ese éroe del siglo; odio sentido y razonado de la vez, que la reflexión y el tiempo no hacen más que justificar, pese á los aduladores de su memoria.

## V

Bajo la fuerza de esas impresiones fué como estudié Roma y sus monumentos. Salía solo por las mañanas antes que el movimiento de la ciudad diera distraer el pensamiento del contemplador. Yo iba bajo el brazo los historiadores, los poetas y los descripciones de Roma. Iba á sentarme ó á pasear entre las ruinas desiertas del *Fórum*, del Coliseo y la campiña romana. Miraba, leía y pensaba activamente. Hacía de Roma un estudio serio, un estudio en acción. Aquel fué mi mejor curso de historia. La antigüedad, en vez de causarme tedio, á ser para mí un sentimiento, y en este estudio seguía otro plan que mi inclinación. Andaba por la ventura, adonde mis pies me llevaban. Pasaba de Roma antigua á Roma moderna, del Panteón al palacio de León X, de la casa de Horacio á Tibur, de la casa de Rafael. Poetas, pintores, historiadores, hombres grandes, todo pasaba confusamente delante de mí, y dedicaba un momento sólo á lo que más me interesaban aquel día, por haberlo estudiado en el itinerario con anterioridad.

A las once de la mañana volvía á mi celdita en la casa del pintor para almorzar; y sobre mi mesa, leyendo al mismo tiempo comía un pedazo de queso, bebía una taza de leche y enseñaba á la mujer y la hija de mi huésped las que hacían la comida. Después de comer me iba á mis nuevas excursiones, y no regresaba hasta entrada la noche. Algunas horas de conversación con la familia del pintor y lecturas prolongadas una hora muy abanzada de la noche, acababan

los días. Yo gozaba en mi aislamiento. Roma y su alma me bastaban. Así pasé un largo invierno desde Octubre hasta Abril siguiente, sin un día de cansancio ó de fastidio. El recuerdo de estas impresiones fué el que diez años después me inspiró los libros que escribí acerca del Tíber.

## VI

Quando ahora trato de buscar allá en mi pensamiento todas mis impresiones de Roma, solamente me quedan dos que borran, ó que á lo menos dominan sobre las demás: el Coliseo, obra del pueblo romano, y San Pedro, obra maestra del catolicismo. El Coliseo es la sombra gigantesca de un pueblo sobrehumano que levantaba á su orgullo y á sus placeres monumentos capaces de contener á una civilización, monumentos que por su mole y duración rivalizan con las obras mismas de la naturaleza. Aun cuando el Tíber se agote, en sus orillas de cieno seguirá existiendo el Coliseo.

San Pedro es la obra de un pensamiento, de una civilización, de toda la humanidad en una época del mundo. No es ya un edificio destinado á contener al pueblo vil; es un templo consagrado á encerrar en un recinto toda la filosofía, todas las oraciones, toda la grandeza y todo el pensamiento del hombre. Los muros parecen levantarse y engrandecerse, no en la medida de un pueblo, sino á la medida de la civilización. Sólo Miguel Angel ha comprendido el catolicismo y le ha dado en San Pedro su expresión más completa. San Pedro es verdaderamente la síntesis de la teosis de piedra y la transfiguración monumental de la religión de Cristo.

Los arquitectos de las catedrales góticas eran hombres sublimes. Miguel Angel fué sólo un filósofo en su concepción. San Pedro es el cristianismo filosófico donde el arquitecto divino lanza las tinieblas y donde hace entrar el espacio, la belleza, la claridad y la luz á torrentes inagotables. La belleza incomparable de San Pedro de Roma consiste en



que es un templo que no parece destinado sino á revestir la idea de Dios de todo su esplendor.

Es el templo más abstracto que jamás ha construído en el mundo el genio humano, inspirado por una idea divina. Cuando se entra en él, no se sabe si se entra en un templo antiguo ó en un templo moderno, porque no ofusca la vista ningún pormenor, no distrae el pensamiento ningún símbolo; los hombres de todos los cultos entran en él con el mismo respeto. Se percibe, se conoce y se siente que es un templo que no puede ser habitado más que por la idea de Dios, y que ninguna otra idea podría tener en él cabida.

Cambiad el sacerdote, quitad el altar, descolgad los cuadros, llevaos las estatuas; nada habrá variado, será siempre la casa de Dios; ó más bien San Pedro es por sí solo un gran símbolo de ese cristianismo eterno que, poseyendo en germen, en su moral y en su santidad, el desarrollo y los adelantos sucesivos del pensamiento religioso de todos los siglos y de todos los hombres, se abre á la razón á medida que Dios la hace huir, y comunicar con Dios en la luz se ensancha y se eleva á las proporciones del espíritu humano, que crece sin cesar y recoge á todos los pueblos en una sola adoración, y hace de todas las formas divinas un solo Dios, un solo culto de todas las creencias, una sola humanidad de todos los pueblos.

Miguel Angel es el Moisés del catolicismo moderno, tal como será comprendido algún día. Él ha hecho el arco imperecedero de los tiempos futuros, el panteón de la razón divinizada.

## VII

En fin, después de haber permanecido largo tiempo en Roma, quise ver á Nápoles, donde lo que me llamaba mi atención era el sepulcro de Virgilio y la cuna del Tasso. Los países han sido siempre para mí hombres. Nápoles es Virgilio y el Tasso. Me parecía que habían vivido ayer, y que sus cenizas

habían todavía calientes. Veía de antemano Paúlipoli y Sorrento, el Vesubio y el mar al través de la atmósfera de sus bellas y grandes figuras.

Partí para Nápoles á los últimos días de Marzo; viajaba en silla de posta con un negociante francés que había buscado un compañero para que le ayudara á pagar la mitad de los gastos del viaje. A corta distancia de Velletri nos encontramos el coche del correo de Roma á Nápoles, volcado á orillas del camino y acribillado de balas. Habían perecido el cochero, un postillón y dos caballos. Acababan de llevar á los hombres á una casa vecina. El viento se llevaba los pliegos rotos y los pedazos de cartas. Los heridos habían tomado el camino de los Abruzzos. Los destacamentos de infantería y de caballería francesa que estaban acampados en Terracina, los perseguían á pesar de lo escabroso de las montañas. Oíase el ruido de los tiradores, y sobre todo el flanco de la montaña se veía el humo de los disparos. De trecho en trecho encontramos puestos de tropas francesas y compañías napolitanas escalonadas en el camino. Así se entraba entonces en el reino de Nápoles.

Aquella guerra de salteadores tenía cierto carácter político. Reinaba Murat. Las Calabrias resistían todavía, y el rey Fernando, retirado en Sicilia, sostenía á sus expensas á los jefes de guerrillas en las montañas. El famoso *Fra Diavolo* combatía á la cabeza de aquellas cuadrillas. Sus hazañas eran asesinosas, y no hallamos orden y seguridad hasta las negociaciones de Nápoles.

Llegué el 1.º de Abril, y á los pocos días de mi llegada, me reuní con un joven de mi edad, al cual conocía desde mi infancia, y que me había conocido desde que estábamos en el colegio. Llamábase Ayraud de Virieu. Su vida y la mía han corrido tan juntas desde su infancia hasta su muerte, que nuestras dos existencias forman como parte la una de la otra: así es que he hablado de él casi siempre que he hablado de mí.



## EPISODIO

### I

En Nápoles llevaba yo poco más ó menos la misma vida contemplativa que en Roma en casa del viejo pintor de la plaza de España: sólo que en lugar de pasar los días vagando por entre los restos de la antigüedad, los pasaba vagando por las orillas sobre las olas del golfo de Nápoles. Por la noche regresaba á un antiguo convento, donde, gracias á la hospitalidad del pariente de mi madre, habitaba una celdita en el piso superior del edificio, cuyo balcón, lleno de macetas de flores y de enredaderas, daba vista al mar, al Vesubio, á Castellamare y Sorrento.

Cuando el horizonte de la mañana aparecía limpio y despejado, veía brillar la casa blanca del Tasso suspendida como un nido de cisne en la cumbre de una roca amarilla cortada á pico por las olas. Esa vista me seducía. La luz de aquella casa impresionaba hasta el fondo de mi alma. Era como un rayo de gloria que brillaba desde lejos en mi juventud y en mi obscuridad. Acordábame de la escena homérica de la vida de aquel grande hombre, cuando salió de la prisión, perseguido por la envidia de los pequeños y por la calumnia de los grandes, escarmentado hasta en su genio, su única riqueza, volvió á Sorrento á buscar un poco de reposo, de ternura, de piedad, y disfrazado de mendigo se presentó á ella á lo menos reconocía á quien tanto había amado.

Su hermana le reconoce, dice el biógrafo, á pesar de su palidez enfermiza, de su barba blanquecina y de su capa rota. Se arroja en sus brazos con más ternura y misericordia que si hubiera visto á su hermano engalanado con los dorados uniformes de los artesanos de Ferrara. Largo tiempo ahogan su voz sollozos; estrecha á su hermano contra su corazón, le lava los pies y le prepara una comida de fiesta, pero ni uno ni otro pudieron tocar á las viandas que le sirvieron, tan llenos de lágrimas estaban de emociones, y pasaron el día llorando sin decirse nada, mirando al mar y acordándose de su infancia.»

### II

En día, era á principios del estío, en esos momentos que el golfo de Nápoles, bordado con sus costas con sus casas blancas y sus rocas tapizadas de algas trepadoras, y ciñendo su mar, más azul que su cielo, se parece á una copa antigua que blanquea de espuma, y cuyas asas y bordes festonean la hiedra y el campano; era la estación en que los pescadores de Capri, de Procida, de Ischia, y en muchas partes del golfo de Gaeta,

llevan algunos de ellos antorchas de resina que se arrojan para engañar á los peces. Suben estos á la superficie del agua creyendo que es el crepúsculo del día. Un muchacho inclinado sobre la proa del barco aproxima una antorcha á las olas, mientras un pescador, clavando la vista en el fondo del agua, procura distinguir y envolverla en sus redes. Aquellos fuegos, como los de un horno, se reflejan en largos resplandores, ondulantes sobre la superficie del mar como largos rastros de luces que proyecta en ella el reflejo de la luna. La ondulación de las olas los hace moverse, y prolonga su vislumbre de ola en ola tan lentamente que la primera la refleja á las demás que siguen.



## III

Pasábamos mi amigo y yo horas enteras sentados en un escollo ó sobre las ruinas húmedas del palacio de la reina *Juana*, mirando aquellas luces familiares sobre la arena y envidiando la vida errante é indiferente de aquellos pobres pescadores.

Algunos meses de estancia en Nápoles, el día frecuente con los hombres del pueblo durante nuestras diarias excursiones al campo y al mar, nos habíamos familiarizado con su lengua acentuada y sonora, en la que el gesto y la mirada tienen más parte que la palabra. Filósofos por presentimiento, cuando los veíamos de las agitaciones vanas de la vida antes de haberlos conocido, envidiábamos muchas veces á aquellos felices *lazzaroni* que llenaban entonces la playa y los muelles de Nápoles, y pasaban los días á la sombra de sus barquichuelos sobre la arena, oyendo los cantos improvisados de sus poetas ambulantes, y viendo desde las noches la *tarantela* con las muchachas de su clase debajo de algún parral á la orilla del mar. Conocíamos sus hábitos, su carácter y sus gustos, que los del mundo elegante que nunca frecuentábamos. Esta vida tan agradable se dormecíase en nosotros con esos movimientos bruscos del alma que gastan inútilmente la imaginación de los jóvenes.

Mi amigo contaba veinte años; y yo diez y ocho, y nos hallábamos, pues, los dos en esa edad en que se permite confundir los sueños con las realidades. Resolvimos trabar conocimiento con aquellos pescadores, y embarcarnos con ellos para llevar por algunos días el mismo género de vida. Aquellas noches templadas y luminosas, pasadas debajo de la vela de aquella cuna mecida por las olas, y bajo el cielo profundo y estrellado, nos parecía una de las voluptuosidades más misteriosas de la naturaleza, que era imposible ciso sorprender y conocer, aunque no fuese más que para contarla después.

Libres y sin tener que dar cuenta á nadie de nada

acciones ni de nuestras ausencias, al día siguiente ejecutábamos lo que habíamos pensado. Reunidos en la playa de la *Margelina* que se extiende desde el sepulcro de Virgilio, al pie del monte Pauciano, y donde los pescadores de Nápoles sacan sus redes sobre la arena y arreglan sus aparejos y sus redes, vimos á un robusto anciano. Estaba embarcado en su canoa pintada de colores brillantes, sobre cuya popa había esculpida una imagen de San Francisco. Un muchacho de unos diez años, su único remero, llevaba en aquel momento dos panes á la barca, un queso de búfalo, un pedregal reluciente y dorado como las conchas de la playa, algunos higos y un cántaro de agua.

El pescador y el muchacho nos agradaron, y nos habíamos conversado con ellos. El pescador se acordó de nosotros y nos propusimos que nos recibiera como amigos y nos llevara consigo al mar. «No tenéis las manos callosas que se necesitan para tocar el mango de la barca,» nos dijo; «vuestras manos blancas están acostumbradas para tocar plumas y no madera, y sería lástima que se estropearan en el mar.» «Somos jóvenes,» respondió mi amigo, «y queremos ensayar todos los oficios antes de escoger uno. El vuestro nos agradece que se ejerce entre el abismo y cielo.» «Tenéis el corazón,» contestó el barquero. «Es un oficio que deja el alma en la compañía de los santos. El pescador está bajo la influencia inmediata del cielo. El hombre no sabe de la fuerza que tiene el viento y la ola. El cepillo y la lima están en la mano del obrero, la riqueza y el favor están en la mano del rey; pero la barca está en la mano de Dios.»

Esa especie de piadosa filosofía nos afirmó más que nunca el deseo de embarcarnos con él. Después de una larga insistencia consintió en ello, y convenimos en que el pescador llevara uno dos *carlinos* (1) al día, en pago de su aprendizaje y alimento.

(1) Moneda usada antiguamente en Nápoles, cuyo valor aproximado es de ochenta y cinco céntimos.—(N. del T.)



Hecho este trato envió al muchacho á buscar *Margellina* un aumento de provisiones de pan, queso y frutas. Al caer el día le ayudamos á bajar su barca á flote, y nos lanzamos al mar.

## IV

La primera noche transcurrió deliciosamente. El mar estaba tranquilo como un lago encajonado entre las montañas de Suiza. A medida que nos alejamos de la orilla, veíamos sepultarse bajo la sombra del horizonte las lenguas de fuego de las ventanas del palacio y de los muelles de Nápoles. Solamente los faros nos mostraban la costa, y parecían ante la ligera columna de fuego que se elevaba del cráter del Vesubio. Mientras el pescador echaba y sacaba la red, y el niño medio dormido dejaba vacilar su antorcha, dábamos nosotros tiempo en tiempo un ligero impulso á la barca, y escuchábamos con entusiasmo las gotas sonoras que caían de nuestros remos armoniosamente en el mar como perlas en un estanque.

Largo rato hacía que habíamos doblado la punta del Pausilippo, atravesando el golfo de *Puzos*, y salvado el canal del golfo de Gaeta, el cabo Miseno y la isla de *Prócida*. Estábamos en plena mar; el sueño se apoderaba de nosotros, y acostamos bajo nuestros bancos al lado del niño.

El pescador extendió sobre nosotros la red, y la vela arrollada en el fondo de la barca, y el niño se balanceó entre dos olas, mecido por el balanceo insensible de un mar que apenas hacía clinar el mástil. Cuando despertamos, estábamos en pleno día.

Un sol resplandeciente anubarraba el mar con cintas de fuego y reverberaba sobre las casas de una costa desconocida. Una brisa ligera venía de aquella tierra hacía palpitar la vela de nuestras cabezas, y nos impelía de ensenada en ensenada y de roca en roca. Aquella escarpada y alta era de la encantadora isla de *Ischia*, que tanto

palpitaba y amar más adelante. Aparecíame por una vez nadando en la luz, saliendo del mar, y nacida como de la imaginación de un poeta durante el ligero sueño de un noche de verano...

## V

La isla de *Ischia*, que separa el golfo de Gaeta del mar Tirreno, y que está separada también de la isla de *Procida* por un estrecho canal, no es más que una gran montaña, cuya blanca cima parecía esconderse en el cielo. Sus flancos escarpados, cortados por barrancos y lechos de torrentes, están revestidos arriba abajo de castaños de un verde sombreado sobre sus mesetas más próximas al mar é incrustadas sobre las olas, descuellan cabañas *villas*, y pueblecillos medio ocultos entre las vides. Uno de estos pueblos tenía su *marina*. Así se veía un puerto donde flotaban las barcas de los pescadores de la isla, y donde se balanceaban algunos buques de vela latina. Las vergas tocaban las rocas y las viñas de la costa.

Las casas suspendidas en las pendientes de la montaña, ocultas en el fondo de sus barrancos, parecían estar sentadas sobre una de las mesetas, rodeadas de castaños, sombreadas por los pinos y festoneada de emparrados, sonaban como el ideal de los poetas y de los amantes.

El mar cansaba nuestros ojos de aquel espectáculo abundante en pesca. El viejo barquero me contó una buena noche. Arribamos á una de las ensenadas de la isla para sacar agua de la fuente vecina y descansar en las rocas. Al punto nos volvimos á Nápoles acostados sobre los bancos de remeros. Una vela cuadrada en un pequeño mástil sobre la proa, tenía el niño, bastaba para hacernos conocer la isla de *Prócida* y el cabo Miseno, y para leer en la superficie del mar debajo de la espuma del esquife.



El anciano pescador y el niño, ayudados por otros, sacaron la barca á la arena, y llevaron las redes de pescado á la cueva de la casita que habian debajo de las rocas de la *Margellina*.

## VI

Continuamos después con la mayor alegría nuestro nuevo oficio, recorrimos sucesivamente todas las aguas del mar de Nápoles, y de este modo visitamos la isla de Capri, de donde la imaginación recordaba todavía la sombra de Tiberio; Cumas y sus templos sepultados bajo las higueras salvajes; Bahía y sus tristes plazas que parecen haber envejecido y quedado como aquellos romanos, cuya juventud cuyas delicias abrigaban en otro tiempo; Pompeya, risueñas debajo de la lava y de la lava del Vesubio; Castellamare, cuyos altos y negros ramos de laureles y de castaños salvajes, reproducen en el mar, tiñen de verde sombrío las rocas siempre murmurantes de la rada. El viejo barbero conocía en todas partes alguna familia de pescadores como él, en cuya casa recibíamos hospitalidad. Nuestro oficio del mar estaba picado y nos impedía volver á Nápoles.

Durante dos meses no entramos en ninguna ciudad, y vivimos al aire libre con el pueblo, llevando una vida frugal. Teníamos casi su vestimenta, hablábamos su lengua, y la sencillez de sus hábitos comunicaba, por decirlo así, la sencillez de sus sentimientos.

Esta transformación por otra parte nos costó un poco á mi amigo y á mí. Educados ambos en el silencio durante las borrascas de la revolución, que habian abatido ó dispersado nuestras familias, habíamos participado mucho en nuestra infancia de la vida del campesino: él en las montañas de Grecia, yo en casa de una nodriza que le había recogido después de la prisión de su madre; yo sobre las colinas de Maconesado en la casita rústica, donde mi madre y mi padre para mi madre recogieron su nido amenazado.

El labrador de nuestras montañas y el pescador del golfo de Nápoles, no hay más diferencia entre el sitio, el idioma y el oficio. El surco ó la ola que nos ocupan los mismos pensamientos á los hombres que trabajan la tierra ó el agua. La naturaleza habla el mismo idioma á los que cohabitan con ella en el campo ó en la montaña.

En el medio de aquellos hombres sencillos no nos sentimos como si fuéramos fuera de nuestro centro. Los mismos hábitos son un parentesco entre los hombres. La vida que nos rodea es la misma de aquella vida nos agradaba y nos hacía vivir. Veíamos con dolor avanzar el fin de nuestro oficio, y aproximarse esos días de otoño y de invierno, en que sería preciso volver á nuestra patria. Las familias inquietas comenzaban á llamarnos, y nosotros alejábamos cuanto podíamos la hora de partir, y nos complacíamos en figurarnos que aquella vida no tendría fin.

## VII

Comenzaba entretanto el mes de Septiembre con las brisas y sus truenos. El mar estaba menos tranquilo. Nuestro oficio se hacía más penoso, y más peligroso á la vez. Las brisas refrescaban, la ola y la lluvia nos mojaban frecuentemente con su rocío. Habíamos comprado en el muelle dos capotes de lana, que nos servían de abrigo como los que los marineros y los *lazzaroli* de Nápoles usan durante el invierno. Las anchas de esos capotes penden al lado de los brazos. La capucha, flotando á la espalda ó echada sobre la frente, según el tiempo, preserva la cabeza del marinerito de la lluvia y el frío, ó deja que los rayos del sol jueguen con sus cabellos.

Un día partimos de la *Margellina* sobre un mar tranquilo para ir á pescar salmonetes y los primeros días fuimos en la costa de Cumas, donde las corrientes nos llevaron en aquella estación. Las nieblas rojizas de la mañana flotaban á media costa, y anunciaban la tarde. Esperábamos evitarlo y tener



tiempo para doblar el cabo Miseno antes que despertara su sueño.

La pesca era abundante; quisimos echar la redadas más. El viento nos sorprendió; cayó sobre la cumbre del *Epomeo*, inmensa montaña que se elevaba en sí misma, volvía á caer, corría y á Ischia, con el ruído y el peso de la misma montaña que parecía desplomarse en el mar. Primeramente huir sin querer escaparse del canal, chonó todo el espacio líquido que nos rodeaba con golpes terribles contra las rocas del cabo rastrillo de hierro aplana la tierra y nivela los montes, y levantaba allí una columna de espuma cos. Después la ola, vuelta de su sorpresa, se levantó en pocos minutos á tal altura que de tiempo en tiempo nos golpeaba la costa y las islas.

Estábamos á igual distancia de la costa firme de Ischia, y casi en medio del canal que separa el cabo Miseno de la isla griega de Prócida. Era una barca tan frágil que una sola oleada quedaría más que un partido; seguir el canal, y si lográbamos atravesarlo, echamos la izquierda en el golfo de Bahía y abrigamos en sus aguas tranquilas.

El viejo pescador no vaciló. Desde la cima de la ola, donde el equilibrio de la barca nos sostenía por un momento en un torbellino de espuma, echó una mirada rápida en torno suyo, como un hombre extraviado que trepa sobre un árbol para buscar el camino, y precipitándose después sobre el agua, exclamó: «¡A vuestros remos, niños, exclamó, es preciso boguemos hasta ganar el cabo con más viveza que el viento, porque si se nos adelanta somos perdidos!» Obedecemos instintivamente.

Clavados los ojos en los suyos para buscar el rápido indicio de su dirección, nos inclinamos sobre nuestros remos, y tan pronto como presentamos el flanco de las olas empinadas, precipitándonos con su espuma al fondo de ellas que bajaban, procurábamos suavizar nuestros remos con la resistencia de nuestros remos en el agua. Ocho ó diez olas, cada vez más enormes, nos empujaban en lo más estrecho del canal; pero el viento nos había adelantado, como había dicho el pescador, colocándose entre el cabo y la punta de la

quirido tal fuerza, que levantaba el mar con los botones de una lava furiosa, y no encontramos bastante espacio para huir con la prontitud necesaria ante el huracán que la empujaba, se elevaba en sí misma, volvía á caer, corría y en todos sentidos como un mar loco, y golpeaba con golpes terribles contra las rocas del cabo Miseno, y levantaba allí una columna de espuma que llegaba hasta nosotros.

## VIII

La empresa la de tratar de salvar aquel cabata empresa la de tratar de salvar aquel cabo Miseno de la isla griega de Prócida. Era una barca tan frágil que una sola oleada quedaría más que un partido; seguir el canal, y si lográbamos atravesarlo, echamos la izquierda en el golfo de Bahía y abrigamos en sus aguas tranquilas.

El viejo pescador no vaciló. Desde la cima de la ola, donde el equilibrio de la barca nos sostenía por un momento en un torbellino de espuma, echó una mirada rápida en torno suyo, como un hombre extraviado que trepa sobre un árbol para buscar el camino, y precipitándose después sobre el agua, exclamó: «¡A vuestros remos, niños, exclamó, es preciso boguemos hasta ganar el cabo con más viveza que el viento, porque si se nos adelanta somos perdidos!» Obedecemos instintivamente.

Clavados los ojos en los suyos para buscar el rápido indicio de su dirección, nos inclinamos sobre nuestros remos, y tan pronto como presentamos el flanco de las olas empinadas, precipitándonos con su espuma al fondo de ellas que bajaban, procurábamos suavizar nuestros remos con la resistencia de nuestros remos en el agua. Ocho ó diez olas, cada vez más enormes, nos empujaban en lo más estrecho del canal; pero el viento nos había adelantado, como había dicho el pescador, colocándose entre el cabo y la punta de la

«Pasará es imposible: retroceder del mar lo es mucho más. No nos queda más que arribar á Prócida ó naufragar.» El pescador lanzó una mirada, y olvidaré jamás, sobre el cabo alumbrado por una columna de espuma, y haciendo después la señal de la cruz, exclamó: «Pasará es imposible: retroceder del mar lo es mucho más. No nos queda más que arribar á Prócida ó naufragar.»

«¿A vuestros remos, niños, exclamó, es preciso boguemos hasta ganar el cabo con más viveza que el viento, porque si se nos adelanta somos perdidos!» Obedecemos instintivamente.

Clavados los ojos en los suyos para buscar el rápido indicio de su dirección, nos inclinamos sobre nuestros remos, y tan pronto como presentamos el flanco de las olas empinadas, precipitándonos con su espuma al fondo de ellas que bajaban, procurábamos suavizar nuestros remos con la resistencia de nuestros remos en el agua. Ocho ó diez olas, cada vez más enormes, nos empujaban en lo más estrecho del canal; pero el viento nos había adelantado, como había dicho el pescador, colocándose entre el cabo y la punta de la

«Pasará es imposible: retroceder del mar lo es mucho más. No nos queda más que arribar á Prócida ó naufragar.» El pescador lanzó una mirada, y olvidaré jamás, sobre el cabo alumbrado por una columna de espuma, y haciendo después la señal de la cruz, exclamó: «Pasará es imposible: retroceder del mar lo es mucho más. No nos queda más que arribar á Prócida ó naufragar.»

«¿A vuestros remos, niños, exclamó, es preciso boguemos hasta ganar el cabo con más viveza que el viento, porque si se nos adelanta somos perdidos!» Obedecemos instintivamente.

Clavados los ojos en los suyos para buscar el rápido indicio de su dirección, nos inclinamos sobre nuestros remos, y tan pronto como presentamos el flanco de las olas empinadas, precipitándonos con su espuma al fondo de ellas que bajaban, procurábamos suavizar nuestros remos con la resistencia de nuestros remos en el agua. Ocho ó diez olas, cada vez más enormes, nos empujaban en lo más estrecho del canal; pero el viento nos había adelantado, como había dicho el pescador, colocándose entre el cabo y la punta de la



## IX

Avanzábamos poco; la noche había cerrado, la espuma, las nubes que el viento arrastraba hechas jirones sobre el canal, redoblaban la obscuridad. El viejo había mandado al muchacho que encendiera una de sus antorchas de resina, ya alumbrar un poco la maniobra en las profundidades del mar, ya para indicar á los marineros de Prócida que una barca zozobraba en el canal, y pedirle su socorro, casi ineficaz, sino sus oraciones.

Espectáculo sublime y siniestro era el que veía aquel pobre niño agarrado con una mano al pequeño mástil clavado en la proa, y con la otra levantado por encima de su cabeza aquella antorcha de fuego rojo, cuya llama se torcía bajo el impulso del viento y le quemaba los dedos y los cabellos. Aquella centella flotante, apareciendo por encima de las olas y desapareciendo en su profundidad, siempre dispuesta á apagarse y siempre encendida de nuevo, era como el símbolo de aquellas cuatro vidas de hombres que luchaban entre la salvación y la muerte en las angustias de aquella noche.

## X

De este modo transcurrieron diez horas, minutos tienen la duración de los pensamientos los miden. Apareció la luna, y según costumbre levantó con ella el viento más furioso. Si hubiéramos tenido vela, por pequeña que fuera, nos habríamos hecho zozobrar veinte veces. Aunque los bancos muy bajos de la barca ofrecían poco flanco al viento, había momentos en que parecía desmenuzarse nuestra quilla de las olas, y nos hacía dar vueltas como á una hoja seca arrancada del árbol.

Embarcábamos mucha agua, y éramos bastante vaciarla tan pronto como nos invadía. Había momentos en que sentíamos hundirse las tablas

debajo de nosotros como un féretro que baja á la huesa. El agua hacia á la barca menos obediente, y pesada en levantarse una vez entre dos olas. Un segundo de retraso nos hubiera perdido.

El anciano, sin poder hablar, nos hizo señas con las manos en los ojos para que arrojáramos al mar cuanto llevaba en el fondo de la barca. Las pilas de agua, las cestas de pescado, las dos velas, el cable, los cables, hasta sus paquetes de ropa y aun los capotes empapados de agua, todo fué á pasar al mar. El pobre marinero contempló un momento sobrenadar toda su riqueza. La barca se levantó y corrió ligeramente sobre la cresta de las olas como un corcel aligerado.

Estábamos insensiblemente en un mar más tranquilo, algo abrigado por la punta occidental de Prócida. El viento amainó, la llama de la antorcha lucescía; la luna abrió un grande agujero azul entre las nubes; las olas alargándose, se aplanaron y empezaron á arrojar espuma sobre nuestras cabezas. Poco á poco se hacían más menudas las olas del mar, y en una dársena casi tranquila, y la sombra de la costa de Prócida nos cortó la línea del horizonte. Estábamos en las aguas del medio de la

## XI

El viento estaba demasiado grueso en la punta para que pudiéramos entrar en el puerto. Era preciso resolernos á abordar por los bancos en medio de sus escollos. «No temas, niños, dijo el pescador reconociendo la claridad de la antorcha; la Madonna nos guiará. Ahí tenemos ya la tierra, y esta noche nos quedamos en mi casa.» Creímos que había perdido la cabeza, porque no sabíamos que tuviese otra bodega que su oscura bodega de la *Margellina* y para salir antes de la noche era preciso arrojarse en el mar, doblar el cabo, y arrostrar de nuevo el mar que acabábamos de escapar.



Pero él se sonreía al ver nuestro aire de asombro y comprendiendo en nuestros ojos nuestro asombro, replicó: «No hay que tener cuidado, llegaremos sin que una ola nos moje.» En seguida nos explicó que era de Prócida; que poseía una casa en aquella costa de la isla la cabaña y el jardín de su padre, y que en aquel mismo momento, su madre anciana como él, con su nieta, hermana de su hijo, nuestro joven grumete, y otros dos nietos estaban en su casa para recoger los higos y mirar las parras, cuyos racimos vendían en Neapoli. «Unas cuantas remadas, añadió, y beberemos de la fuente que es más clara que el vino de Prócida.»

Estas palabras nos dieron ánimo y remamos con fuerza por espacio de cerca de una legua á lo largo de la costa recta y espumosa de Prócida. Después de cuando el niño levantaba y sacudía su antorcha cual arrojaba su luz siniestra sobre las rocas que mostraba por todas partes una muralla inacabable. En fin, al volver una punta de granito que se elevaba en forma de torreón sobre el mar, vimos que el mar más baja y abrirse un poco como una brecha en el muro de recinto; un movimiento de timón hizo virar en derechura de la costa; tres olas arrojaron nuestra estropeada barquilla en escollos donde hervía la espuma.

## XII

Al tocar la proa en la roca produjo un sonido como el crujido de una tabla que cae en el agua y rompe. Saltamos en la playa, amarramos la barca que pudimos la barca con un cabo, y salimos al viejo y al niño que marchaban delante de nosotros.

Subimos por el flanco de la costa una estrecha rambla estrecha donde el pico había abierto un camino desigual y resbaladizo con pedras del mar. Esta escalera de piedra viva que

se hallaba debajo de los pies, era reemplazada por algunos escalones artificiales, que habían formado clavando largos palos en los agujeros de la muralla, y arrojando sobre este piso trémulo tablas empujadas de barcas viejas ó haces de ramas de castaño guarnecidas de sus hojas secas.

Después de haber subido así lentamente unos cuarenta ó quinientos escalones, nos hallamos en una especie de plazoleta suspendida que rodeaba un grupo de piedras cenicientas. En el fondo de ellas se abrieron dos arcos sombríos que parecían conducir á una bodega. Encima de estos arcos macizos otros tres bajados sostenían un terrado, cuyos pretiles estaban guarnecidos de macetas de romero y albahaca. Debajo de los arcos se percibía una galería de piedra, donde brillaban como arañas de oro á la luz de la luna mazorcas de maíz colgadas.

La puerta de tablas mal unidas abría aquella galería. A la derecha el terreno, sobre el que estaba naturalmente asentada la casita, se levantaba hasta el nivel del piso de la galería. Una grande higuera y otras muchas vides tortuosas se inclinaban desde allí en el ángulo de la casa, confundiendo sus hojas y sus frutos bajo las aberturas de la galería, y colgando en tres festones en figura de serpientes sobre el espacio de apoyo de los arcos. Sus ramas servían como toldo á dos ventanas bajas que se abrían sobre una especie de jardín: á no ser por aquellas ventanas se hubiera podido confundir la casa, maciza y baja, con uno de los peñascos grises de la costa, ó con uno de esos trozos de lava fría de castaño, la hiedra y la vid sepultan entre sus ramas y donde el labrador de Castellamare ó de Capri abre una gruta cerrada con una puerta para conservar su vino al lado de la cepa que lo ha producido.

Resbalados y jadeando á causa de la larga y rápida subida que acabábamos de hacer, y por el peso de los remos que llevábamos sobre los hombros, paramos un instante el anciano y nosotros para descansar un momento en aquella plazoleta; pero el niño,



tirando el remo sobre un montón de maleza y volviendo ligeramente la escalera, se puso á golpear una de las ventanas con su antorcha todavía encendida, llamando con voz alegre á su abuela y á su hermano:

«¡Madrel ¡hermana! ¡madrel ¡Sorellina! ¡Graziella! ¡Gaetana! ¡Graziella! despertad; abrid, es padre, yo; vienen con nosotros unos extranjeros.

Oímos una voz clara y dulce, que lanzaba con samente algunas exclamaciones de sorpresa desde el fondo de la casa. Después se entreabrió la hoja de una ventana empujada por un brazo desnudo blanco, que salía de una manga flotante, y vino la luz de la antorcha, que el niño levantaba hacia la ventana empinándose sobre la punta de sus pies aparecer entre los postigos ya más abiertos la encantadora figura de una doncella.

Sorprendida en medio de su sueño por la voz de su hermano, *Graziella* no había tenido tiempo aún para pensar en ponerse un vestido, y se había corrido á la ventana descalza y en el mismo desahucio con que dormía en su lecho. Sus largos cabellos negros caían parte sobre una de sus mejillas y parte rodeada al cuello; después, impelidos al otro lado de su hombro por el viento que soplaba con fuerza sacudían el postigo entreabierto y volvían á azotar el rostro como el ala de un cuervo batida por el viento.

La joven se frotaba los ojos con el revés de la mano, levantando los codos y dilatando los hombros con el ademán de un niño que se despierta y quiere ahuyentar el sueño. Su camisa anudada al cuello de su cuello no dejaba percibir más que un talle fino y esbelto, donde se modelaban apenas debajo de la tela las ondulaciones de la juventud. Sus ojos oscuros y grandes eran de ese color indeciso que resulta del negro obscuro y el azul de mar que dulcifica la mirada con la humedad de la mirada, y que manifiesta iguales proporciones en los ojos de la mujer y en el nura del alma con la energía de la pasión. Celeste que los ojos de las mujeres del

ella toman del fuego abrasador de su día ardiente el azul sereno de su cielo, de su mar y de su cielo. Sus mejillas eran redondas, de un contorno suave, pero de un color algo pálido y tostado por el sol, no con la palidez enfermiza del Norte, sino con esa blancura sana del Mediodía, que se asemeja al color del mármol expuesto por espacio de siglos al aire y al agua. La boca, cuyos labios eran más gruesos y gruesos que los de las mujeres de nuestros días, tenía los pliegues del candor y de la bondad. Los dientes pequeños pero blanquísimos, brillaban como resplandores flotantes de la antorcha como las perlas de nácar en las orillas del mar debajo del cielo herida por el sol.

Al hablar á su hermanito, sus palabras animadas como las de las asperas, de las que la mitad se llevaba la mano, resonaban como una música á nuestros oídos. La armonía, tan movable como la antorcha que se movía, pasó en un minuto de la sorpresa al espanto, del espanto á la alegría, y de la ternura á la alegría, después nos distinguió detrás del tronco de la antorcha y se retiró de la ventana confusa, abandonando su mano el postigo, que quedó golpeando contra la pared; sin tomarse más tiempo que el necesario para despertar á su abuela y medio vestir á abrirnos la puerta y á abrazar toda contenta á su abuelo y á su hermanito.

## XIII

Entonces en seguida la anciana trayendo en la mano una lámpara de barro colorado que alumbraba con un resplandor pálido y flaco y sus cabellos tan blancos como los copos de lana que había sobre la mesa en la parte de su rueca. Besó la mano á su marido y la mano al niño. Toda la relación que contienen estas palabras se redujo á muy pocas palabras y á algunos minutos entre los individuos de aquella pobre familia. Pero como no podíamos oír todo lo que decían, por eso nos manteníamos un poco separados para no



estorbar la expansión de nuestros huéspedes. Eran pobres y nosotros extranjeros, y por lo tanto les debíamos respeto, que procuramos darles acercando con nuestra actitud reservada y silenciosa dándonos cerca de la puerta.

De vez en cuando dirigía Graziella sobre nosotros una mirada de sorpresa, y cuando el pescador acabó su narración, la anciana se arrodilló al lado del hogar, Graziella se subió á la azotea, trayendo un poco rato una rama de romero y algunas flores de azahar, que clavó con largos alfileres, quitándose sus cabellos, delante de una efigie ahumada de la Virgen, colocada encima de la puerta, y delante de la cual ardía una lámpara. Comprendimos luego que se disponía á dar gracias á su divina tectora por haber salvado á su abuelo y á su hermano, y tomamos también parte en aquella demostración de agradecimiento.

## XIV

El interior de la casa estaba despoblado y se veía jábase á la roca como el exterior; no había más que las paredes peladas, blanqueadas solamente con un poco de cal. Las lagartijas despertadas por la luz deslizaban por entre las rendijas de las piedras y las hojas de heno que servían de cama á los pescadores. En las vigas, cubiertas de corteza, que formaban el techo, se veía á las golondrinas asomar por entre los nidos de barro sus cabecitas negras y mirar con sus ojos inquietos. Graziella y su abuela se acomodaron juntas en el segundo aposento en la única cama que allí había cubierta de un pedazo de vela, y el último, sobre el suelo se veían esparcidas algunas cestas de fruta.

El pescador se volvió hacia nosotros como un hombre gonzado, mostrándonos con la mano la pobre morada, y en seguida nos condujo á la única habitación de honor en el Oriente y en el Mediodía de Italia. Ayudado del niño y de Graziella hizo que nos apoyando una de las puntas de nuestros remos en el pretil del terrado y la otra sobre el suelo, y cubrió con una docena de haces de castaño recién cortados en la montaña; tendió debajo de este cobertizo algunos manojos de helecho, nos trajo dos cestas de pan, agua fresca é higos, y nos invitó á sentarnos.

Las fatigas y las emociones del día nos reconciliaron pronto con el sueño, que fué tranquilo y profundo. Cuando despertamos, las golondrinas cantaban ya alrededor de nuestra cama, rasando el techo para coger las migajas de nuestra cena, y el viento muy alto sobre el horizonte, calentaba como un horno las hojas que nos servían de techo.

Ya no continuamos largo rato tendidos, en ese estado de medio sueño que deja al hombre moral, y pensar antes que el hombre de los sentidos las fuerzas para levantarse y obrar. Nos dirigíamos algunas palabras inarticuladas que venían á interrumpir largos intervalos de silencio, y volvíamos á estar sumergidos en el sueño. La pesca del día anterior, la barca que se mecía debajo de nuestros pies, el mar furioso, las rocas inaccesibles, la figura de Graziella entre dos postigos á la claridad de la luna, una antorcha, todas esas imágenes se reflejaban y se confundían en nosotros.

Los susurros de esta soñolencia los sollozos y las exclamaciones de la anciana, que hablaba á su hermano dentro de la casa, y cuyas palabras llegaban á nosotros por el cañón de la chimenea que salía del terrado. La pobre mujer se lamentaba de la pérdida de las pipas, del anciano, de las jarcias casi consumidas, y sobre todo, de las dos hermosas velas hechas por ella y tejidas con su propio cañamo, que ella misma tenia el atrevimiento de arrojar al mar para salvar nuestras vidas.

— ¿Quién te manda á tí, decía al viejo aterrado y gonzado, recibir en tu barca á esos dos extranjeros, á esos franceses? ¿No sabías tú que son paganos, que llevan consigo la desgracia y la infortunio? Los santos te han castigado. Ellos nos han



arrebatado nuestra riqueza; agradéceles todavía que no nos han arrebatado nuestras almas.

El pobre hombre no sabía que responder, y la Graziella, con la autoridad y la impaciencia de una niña, á quien su abuela se lo permitía todo, se levó contra la justicia de aquellas reconveniencias, y tomando la defensa del viejo, contestó:

«¿Quién os ha dicho que esos extranjeros son ganosos? ¿Por ventura tienen los paganos un corazón compasivo con los pobres? ¿Hacen los paganos la señal de la cruz como nosotros delante de las imágenes de los santos? Pues bien, yo os digo que cuando os arrodillasteis para dar gracias á Dios,

cuando ofrecí el ramo á la imagen de la Virgen, vi bajar la cabeza como si orasen, hacer la señal de la cruz sobre su pecho, y hasta vi brillar una lágrima en los ojos del más joven.

»Era una gota de agua del mar que caía sobre sus cabellos, repuso ásperamente la vieja.

»Y yo os digo que era una lágrima, repuso la vieja Graziella. El viento que soplabá tuvo un efecto sobrado para secar sus cabellos, pero el viento seca el corazón. Repito que sus ojos estaban secos.»

Comprendimos que teníamos una protectora oculta en la casa, pues la vieja no replicó ya más.

## XV

Bajamos á dar gracias á la pobre familia por la hospitalidad que nos habían dispensado. Bajamos al pescador, á la vieja, á Beppo, á Graziella y á los niños que se disponían á bajar hacia la barca para visitar la barca abandonada la víspera, y que estaba suficientemente amarrada contra el tempestado miembro de un combate. Bajamos á ellos, tímidos y humillada la frente, como los que han causado una desgracia en una familia y que no están seguros de que su presencia sea vista.

El pescador y su mujer iban delante; detrás de él marchaba Graziella, llevando uno de sus hermanos de la mano y á otro en el brazo; nosotros la seguíamos en silencio. Al dar la última vuelta á una rambla, desde donde se ven los escollos que forman un arco de una roca nos impedía distinguir todavía, al pescador y á su mujer lanzar un grito de dolor, y les vimos levantar los brazos desnudos al viento, retorcerse las manos como en las convulsiones de la desesperación, darse de puñetadas en la cabeza, y arrancarse mechones de cabellos blancos que el viento se llevaba y arrastraba por los pe-

queños. Graziella y los niños mezclaron sus voces á estos gritos, precipitándose todos como insensatos, á saltar por los últimos escalones de la rambla, hacia los escollos, y avanzando hasta las franjas de espuma que las olas inmensas arrojaban á la tierra, cayeron sobre la arena, unos de rodillas y otros de espaldas, y la vieja se cubría el rostro con las manos, y la arena contra la arena.

Contemplábamos nosotros esa escena de desesperación desde lo alto del último promontorio, sin tener fuerzas para avanzar ni retroceder. La barca, amarrada á la roca, pero sin ancla en la popa para mantenerla, había sido levantada durante la noche por las olas, y hecha pedazos contra las puntas de los escollos que debían protegerla. La mitad del esqueleto seguía sujeto por la cuerda á la roca donde teníamos amarrado la víspera; bregaba y forcejeaba con un ruido siniestro, como si fueran voces de hombres que naufragan, las cuales se extinguían en un gemido ronco y desesperado.

Además partes del casco, la popa, el mástil y las pintadas, aparecían dispersas sobre la arena como miembros de cadáveres destrozados por los golpes después de un combate. Cuando llegamos á la orilla, vimos al pescador correr de uno á otro de los tristes restos, levantarlos, mirarlos con ojos tristes, y después dejarlos caer á sus pies para ir á buscar otros. Graziella lloraba, sentada en el suelo y



recinaba la cabeza sobre su delantal. Los niños con sus piernas desnudas dentro del agua corrían gritando tras los fragmentos de las tablas que se estorbaban por conducir hacia la orilla.

En cuanto á la vieja, no cesaba de gemir y de llorar casi toda ella con sus propias manos? Cuando ella á recoger de la bodega las canastas de pesca conocía en la madera los golpes de su hacha besaba en memoria suya. ¡Ahora serán los tiempos y las langostas de mar los que los besen! Durante las noches de invierno él mismo había tallado con su navaja la imagen de San Francisco sobre una tabla, y la había clavado en la proa para protegerla contra los temporales. ¡Oh santo implorador! ¿Qué has hecho de mi hijo, de su mujer y de su barca que nos dejó para sustento de sus pobres hijos? ¡Pero si á tí mismo no te has protegido! ¿Dónde está tu imagen, dónde? ¡también es juguete de los niños!

Y diciendo esas palabras se erguía y arrojaba al mar puñados de cabellos mezclados de jirones de vestidos, amenazaba con el gesto las olas, pateaba la espuma, y pasando alternativamente de la cólera al llanto, y de las convulsiones á la postración, se sentaba en la arena, apoyaba su frente en las manos, y miraba llorando chocar contra el estribo las miserables tablas de su barca. «Pobre barca, pobre barca, como si aquellos restos hubiesen sido los miembros de un sér querido, apenas privado de sustento. ¿Es esta la suerte que debíamos reservarnos? ¿No debíamos perecer contigo, perecer juntos con tu reducida á polvo, gritando aún muerta sobre el cuello donde nos has estado llamando toda la noche, y donde debíamos haber venido á socorrerte? ¿No pensarás de nosotros? Tú nos habías servido de ejemplo, y sin embargo, nosotros te hemos abandonado y perdido. ¡Sí, perdido, y tan cerca de la orilla al alcance de la voz de tu amo, arrojada sobre la costa como el cadáver de un perro fiel, que le echas á los pies del amo que le ha ahogado!»

En seguida sofocaban su voz las lágrimas, y ella se nuaba luego enumerando una á una las cualidades de su barca, todo el dinero que le había costado, todos los recuerdos que despertaba en ella un fragmento flotante. «¿Para esto, decía, la habéis mandado carenar y pintar de nuevo después de la última pesca del atún? ¿Para esto mi pobre hijo, para esto de morir y dejar estas tres criaturas sin padre, madre, la había construído con tanto esmero y casi toda ella con sus propias manos? Cuando ella á recoger de la bodega las canastas de pesca conocía en la madera los golpes de su hacha besaba en memoria suya. ¡Ahora serán los tiempos y las langostas de mar los que los besen! Durante las noches de invierno él mismo había tallado con su navaja la imagen de San Francisco sobre una tabla, y la había clavado en la proa para protegerla contra los temporales. ¡Oh santo implorador! ¿Qué has hecho de mi hijo, de su mujer y de su barca que nos dejó para sustento de sus pobres hijos? ¡Pero si á tí mismo no te has protegido! ¿Dónde está tu imagen, dónde? ¡también es juguete de los niños!

## XVI

llamamos á Beppo y al viejo á recojer uno á uno los pedazos de la barca, y sacamos del agua la tabla que quedaba quilla, haciendo con ella y con los demás un montón, pues todavía podían aprovecharse los pobres gentes la clavazón y algunas tablas; y encima piedra de gran tamaño, á fin de que las olas si llegaban á subir no dispersaran aquellos restos del esquife, y volvimos á subir á la orilla tristes y á larga distancia detrás de nuestros



huéspedes. La falta del barco y el estado del mar nos permitían partir.

Después de haber tomado con los ojos bajos y decir una palabra un pedazo de pan y leche de cabra que nos trajo Graziella al lado de la fuente y debajo de la higuera dejamos la casa entregada á su dolor, y nos fuimos á pasear por lo alto de las viñas y bajo los olivos de la elevada meseta de la isla.

## XVII

Mi amigo y yo apenas hablábamos, pero teníamos el mismo pensamiento, y tomábamos por insensibles todos los senderos que conducían á la parte oriental de la isla, y que debían llevarnos á la próxima ciudad de Prócida. Algunos cabreros y muchachas que encontrábamos llevando sobre sus cabezas cántaros de aceite, nos dirigieron muchas veces por el verdadero camino. Al fin llegamos á la ciudad después de una hora de marcha.

«No puedo olvidar esta triste aventura, mi amigo.—Es preciso trocarla en alegría para los pobres gentes, le respondí.—Pensaba en ello, contestó sonando en su faja buena porción de cequíes de oro.—Y yo también, pero no tengo más que cinco ó seis cequíes en mi bolsa. Sin embargo me ha tocado la mitad en la desgracia, y justo que me toque la mitad en la reparación.—Soy más rico de los dos, dijo mi amigo; tengo mi casa abierta en casa de un banquero de Nápoles, y yo lanzaré todo, y arreglaremos nuestras cuentas en Francia.»

## XVIII

Hablando de esta manera descendimos ligeramente por las calles pendientes de Prócida y no tardamos en llegar á la *marina* pues así se llama en el archipiélago

en las costas de Italia la playa vecina á la rada de Prócida. La playa estaba cubierta de barcas de Prócida y de Nápoles, que la tempestad anterior había obligado á buscar un abrigo en las aguas. Los marinos y los pescadores dormían y al ruido de las olas que iba amainando, ó estaban sentados en grupo sobre el muelle. Al ver el traje y nuestros gorros encarnados, nos tomaron por jóvenes marineros de Toscana ó de Génova, que habían llegado en uno de los bergantines que llevan aceite ó vino de Ischia.

Corrimos la marina buscando una barca sólida y aparejada que pudieran manejar fácilmente dos hombres, que en sus proporciones y formas se ajustase todo lo posible á la que habíamos perdido. No nos costó trabajo encontrarla. Pertenecía á un pescador de la isla que poseía otras muchas. La hacía poco tiempo que había sido botada al agua. Nos dirigimos á casa del propietario, cuyas señas nos dieron los marineros del muelle.

El hombre era alegre, sensible y bueno, y se enteró de la relación que le hicimos sobre el desastre de la noche, y la desolación de su pobre compañero de Prócida. No perdió ni una piastra sobre el valor de su embarcación, pero no exageró su valor, y el contrato fué concluído en treinta y dos cequíes, que mi amigo le pagó al contado. Mediante el contrato, el barco y el aparejo, enteramente nuevos, velas, pipas, cables, ancla de hierro, todo fué comprado.

Completamos este equipo comprando en una tienda del puerto dos capotes de lana, uno para el viejo y otro para el niño; añadimos á esto redes de diferentes especies, canastas de pescado, y algunos utensilios de alfileros para el uso doméstico de las mujeres. Volvimos con el vendedor de la barca que le pagamos al siguiente día tres cequíes más si la embarcación era conducida aquel mismo día al puerto de la costa que le designáramos. Como la bota iba cediendo y la tierra elevada de la isla se iba abriendo al mar un poco por aquella parte, se obligó



á ello, y nos dirigimos por la tierra á la casa de Andrés.

## XIX

Nosotros seguimos la ruta lentamente sentados nos debajo de todos los árboles, á la sombra de los emparrados, hablando, meditando, comiendo á todas las muchachas *procitanas*, higos, nísperos y uvas; de este modo procurábamos pasar el tiempo. Cuando desde lo alto de un promontorio distinguimos nuestra embarcación, que se deslizaba furiosamente á la sombra de la costa, apretamos el remo para llegar al mismo tiempo que los remeros.

No se oían pasos ni voces en la casita ni en la plaza que la rodeaba. Dos hermosos pichones de color blancas manchadas de negro, picando granos de maíz sobre el perfil del terrado, eran la única vida viviente que animaba la casa. Subimos á ella sin hacer ruido, y hallamos á la familia profusamente dormida. Todos, excepto los niños, cuyas lindas cabezas reposaban la una junto á la otra sobre el alero de Graziella, dormitaban en la actitud del cansancio producido por el dolor.

La vieja tenía la cabeza sobre sus rodillas; su aliento amortiguado parecía sollozar aún. El pescador estaba tendido boca arriba, con los brazos extendidos, al aire libre. Las golondrinas pasaban volando con sus alas los cabellos blancos del anciano, y las moscas cubrían su frente bañada de sudor. Desde los ojos profundos que llegaban hasta su boca, miraban que la fuerza del hombre se había quebrado en él y adormecido con las lágrimas.

Este espectáculo nos partía el corazón, pero nos consolaba el pensamiento de la felicidad que nos esperaba á volver á aquellas pobres gentes. Así es que quisimos tardar más tiempo en despertarnos, y apresuramos á arrojar á los pies de Graziella los zapatos, sus hermanitos sobre el suelo de la azotea los zapatos frescos, el queso, la carne salada, las uvas,

los hijos de que habíamos hecho buen acopio en el camino. La doncella y los niños no se atrevieron á levantarse en medio de aquella lluvia de melancolía que caía como el cielo alrededor de nosotros. El pescador nos daba gracias por su familia, y la abuela miraba todo eso con ojos azorados, y la expresión de su fisonomía se asemejaba más bien á la desesperación que á la indiferencia. «Vamos, Andrés, mi amigo al viejo, el hombre no debe llorar por una vez lo que puede rescatar con el trabajo y el ánimo. Hay tablas en los bosques y velas que se añaman que nace. Sólo la vida del hombre que por el pesar es la que no retoña. Un día de trabajo consume más fuerzas que un año de trabajo. Bajad con nosotros, con vuestra esposa y vuestros niños. Nosotros somos vuestros marineros, y os ayudaremos á subir esta tarde los restos de nuestro equipaje. Con ellos podéis hacer todavía camas, muebles para la familia, y llegará día en que os dará placer dormir tranquilo en medio de esas montañas que por tanto tiempo os han mecido sobre las olas.» Ojalá nos pudieran servir solamente de ataurique murmuró sordamente la vieja.»

## XX

Se levantaron, sin embargo, y nos siguieron todos lentamente las gradas de la costa; pero se detuvieron que les hacían daño el aspecto del mar y el ruido de las olas. No trataré de escribir la sorpresa y alegría de aquellas pobres gentes, cuando descendimos al alto de la última meseta de la rambla percibimos la hermosa embarcación nueva, brillando al sol puesta en seco sobre la arena al lado de los restos de la antigua, y cuando mi amigo les dijo: «Es hora de bajar,» alborozados cayeron todos de rodillas, cada uno en el escalón donde se encontraba, para tribuir gracias á Dios en lugar de darnoslas á nosotros; y la felicidad era para nosotros bastante recom-



Levantáronse á la voz de mi amigo que los llamaba, y corrieron tras él en dirección á la barca. Rápidamente formaron corro á gran distancia y con muestras del mayor respeto, como si hubiesen temido que la embarcación tuviese algo de fantástica, y desvaneciera como un prodigio. Después se acercaron á ella poco á poco, hasta que al fin la tocaron con la mano y á sus labios la mano con que habían tocado.

En fin, lanzaron exclamaciones de admiración, de alegría, y asiéndose de las manos en forma de cadena desde la vieja hasta los niños, bailaron alrededor de la nueva embarcación.

## XXI

Beppo fué el primero que subió á ella, y se puso de pie sobre el puente de la proa, sacaba uno por uno de la bodega todos los efectos que formaban el alrejo con que la habíamos llenado: el ancla, las cuerdas, las pipas de cuatro asas, las hermosas velas, las cestas y los capotes de mangas anchas. Cuando sonar el ancla, levantaba los remos por encima de la cabeza, desplegaba la vela, frotaba entre sus dedos el pelo áspero de los capotes, enseñaba, en fin, todas estas riquezas á su abuelo, á su abuela y á sus nietos con gritos y brincos de felicidad. Los viejos Graziella lloraban mirando alternativamente á la barca y á nosotros.

Los marineros que habían llevado la embarcación y estaban ocultos detrás de las rocas, lloraban también. Todo el mundo nos bendecía. Graziella se puso la frente baja y más seria en su agradecimiento. Aproximó á su abuela y la oí murmurar señalando á nosotros con el dedo: «Decíais que eran paganos; yo os decía que eran más bien ángeles! ¿Qué razón?»

La vieja se echó á nuestros pies y nos pidió que le perdonásemos por sus sospechas. Desde aquella hora nos amaba tanto como amaba á su nieta ó á Beppo.

## XXII

Después de haber pagado los tres cequíes convenidos, y enseñado á cada uno de nosotros con uno de los remos del aparejo que obstruían la bodega, y llevándolo á la casa, en vez de los restos de su fortuna, aquellas riquezas de la venturosa familia. Por la noche, después de cenar á la luz de la lámpara, Beppo me enseñó la cabecera de su abuela el pedacito de tabla rota donde su padre había grabado la historia de San Francisco. La separó con una sierra, la limó con su navaja y la pulimentó y pintó de nuevo, proponiéndose incrustarla al día siguiente en la pared interior de la proa, á fin de que hubiese en la nueva barca algo de la vieja. Así es como en el santuario de la antigüedad, cuando levantaban un templo en el sitio de otro templo, cuidaban de introducir en el nuevo edificio los materiales, ó por lo menos una columna del antiguo, á fin de que hubiese algo de viejo y de sagrado en el moderno, y que el mismo recuerdo tosco y grosero tuviera en el nuevo santuario su prestigio para el corazón entre las obras de la antigüedad y su prestigio para el corazón entre las obras del nuevo santuario. El hombre en todas las cosas es el mismo. Su naturaleza sensible tiene los mismos instintos, ya se trate del Parthenon de San Pedro de Roma, ó de una pobre barca pescadora sobre un escollo de Prócida.

## XXIII

Por vez aquella noche fué la más feliz de todas las que me acordaba. La Providencia concedió á aquella casa desde que se levantó sobre la roca hasta que se convierta en polvo. Nos acordamos al ruido que formaban el viento en las olas al estrellarse sobre la costa á la pálida luz de la luna que bañaba nuestro terrado. Al mirar hacia los cielos, el cielo estaba limpio y terso como un



cristal, y el mar atigrado de espuma, como si el viento hubiera sudado de viveza y cansancio; pero el viento más furioso seguía mugiendo, y el blanco mar que las olas acumulaban sobre la punta del promontorio de Miseno, se levantaba á mayor altura que la vista anegando toda la costa de Cumas en un flujo y reflujo de bruma luminosa que no cesaba de subirse y bajar. No se percibía vela alguna en el golfo de Gaeta, ni en la Bahía. Las gaviotas azotaban la espuma con sus alas blancas, pues este pájaro es el único que sobrevive á su elemento en la tempestad, y chilla de alegría y triunfo ante los naufragios, como aquellos habitantes de las isletas de la bahía de los Muertos, que esperan en vano la presa de los buques que naufragan.

Nosotros experimentábamos, sin manifestarlo, una alegría secreta, porque el temporal nos tuviera confinados en la casa y en la viña del pescador, y de este modo teníamos tiempo de saborear nuestra situación y gozar de la felicidad de aquella pobre familia, á la cual estábamos unidos como si fuéramos hijos ó miembros de ella.

El viento y el mar picado nos retuvieron allí por algunos días enteros, y hubiéramos deseado, y necesitado involuntaria y fatal nos hiciera pasar el tiempo donde nos encontrábamos tan cautivados y tan libres. Nuestros días, sin embargo, se deslizaban como las nubes, sencillos y uniformes. Nada prueba mejor lo que basta á la felicidad cuando el corazón es joven y libre de todo. Así es como los alimentos más sencillos sostienen y renuevan la vida del cuerpo, cuando el apetito los sazona y cuando los órganos son fuertes y sanos...

## XXIV

Nos despertamos al canto de las golondrinas que escarbaban nuestro techo de hojas, sobre el cual estábamos donde nos habíamos dormido. Escuchar la voz infantil de Graziella que cantaba muy bajo en

no turbar el sueño de los extranjeros; bajar rápidamente á la playa para sumergirnos en el mar y permanecer algunos minutos en una pequeña cuenca, donde la arena fina brillaba al través de la transparencia del agua profunda y donde no penetraban el movimiento y la espuma del alta mar; volver á subir rápidamente á la casa, secando y calentando al sol nuestros cabellos y nuestros hombros mojados por el agua; desayunarnos en la viña con un pedazo de queso de búfalo, que la joven nos traía y compartir con nosotros, beber agua clara y fresca de la fuente, sacada por ella en un cantarito de barro que ella inclinaba sobre su brazo, mientras nuestros labios se pegaban á la boca; ayudar en seguida á la familia en las mil faenas rústicas de la casa: regar el jardín; reparar las tapias que acotaban y limpiar la viña; arrancar las piedras que durante el tiempo habían caído desde lo alto de aquellas tapias y cortar los tiernos vástagos de la vid, y que impedían el cultivo que se podía practicar entre las cepas; llevar á la despensa las enormes calabazas amarradas de las cuales una sola constituía la carga de un carro; cortar después sus filamentos que cubrían el suelo con sus anchas hojas y obstruían el paso de las redes; trazar entre cada hilera de cepas bajo los pámpanos una pequeña reguera ó surco en forma de V para que el agua llovediza se reuniese en el mismo y las abrevase más largo tiempo; hacer para el mismo unos pozos en forma de embudo en las higueras y de los limoneros: tales fueron nuestras ocupaciones matinales, hasta que el viento vino á plomo sobre el techo y sobre el jardín, obligaba á buscar la sombra de los emparrados. La transparencia y reflejo de las hojas de la vid teñían las sombras flotantes de un color rojizo y algo do-